

minotauro

RAY BRADBURY

MÁS RÁPIDO
QUE EL OJO



RAY
BRADBURY
MÁS RÁPIDO QUE EL OJO

minotauro

Más rápido que el ojo

Copyright © 1996 by Ray Bradbury

Publicado originalmente como *Quicker Than the Eye*

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Gemma Benavent Galbis, 2023

Diseño de cubierta: OpalWorks BCN

ISBN: 978-84-450-0756-3

Depósito legal: B. 10.843-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

«Untererseaboat Doktor»

Este increíble acontecimiento se produjo durante mi tercera visita a Gustav von Seyfertitz, mi psicoanalista extranjero.

Debería haber adivinado la extraña explosión antes de que se produjera.

Después de todo, mi alienista, un auténtico *alien*, tenía el mismo nombre, Von Seyfertitz, que el actor alto, musculoso, aquilino, amenazador y, por ende, atractivo que representó el papel del sumo sacerdote en la película *She, la diosa del fuego*, de 1935.

En *She*, el asombroso villano movía sus esqueléticos dedos, lanzaba insultos, invocaba llamas azules, acababa con esclavos y sacudía el mundo con terremotos.

Después de eso, se le veía montado con total tranquilidad en los tranvías de Hollywood Boulevard tranquilo como una momia y callado como un poste telefónico sin cables.

¿Por dónde iba? ¡Ah, sí!

Era mi tercera visita al psiquiatra. Me había llamado aquel día y había gritado:

—Douglas, maldito estúpido hijo de puta, ¡es hora de ir al catre!

Por supuesto, el catre era el diván de dolor y humillación en el que yacía mientras me retorcí por la agonia de una supuesta culpabilidad judía y el estrés de un bautista norteno mientras, de vez en cuando, él murmuraba «Un comentario de locos», o «Qué estupidez» o «Si alguna vez vuelves a hacer eso, te mataré».

Como ves, Gustav von Seyfertitz era mi peculiar especialista. ¿Mío? Sí. Nuestros problemas son minas terrestres en nuestras cabezas. ¡Písalas! Terapia de tropas de asalto, como lo llamó una vez, buscando las palabras.

—¿Una *Blitzkrieg*? —propuse.

—*Ja!* —Me mostró su sonrisa de tiburón—. ¡Eso es!

De nuevo, esta era mi tercera visita a esta extraña habitación con aspecto metálico y una curiosa serie de cerraduras en una puerta redonda. De pronto, mientras divagaba y navegaba por las oscuras aguas de mis pensamientos, oí cómo se le tensaba la espalda detrás de mí. Con un gran estertor, aspiró aire y lo dejó salir en un grito que me revolvió el pelo:

—¡Sumergir! ¡Sumergir!

Me sumergí.

Concentrado en la idea de que un iceberg gigantesco iba a golpear la habitación, caí y corrí a ocultarme bajo el diván con garras de león.

—¡Sumergir! —gritó el viejo.

—¿Que me sumerja? —susurré, y alcé la mirada.

Un periscopio de latón pulido se deslizaba hacia arriba hasta desaparecer en el techo.

Gustav von Seyfertitz permanecía de pie mientras fingía no percatarse de mi presencia, del diván manchado de sudor o del aparato que acababa de desaparecer. Con total tranquilidad, al estilo de Conrad Veidt en *Casablanca* o Erich von Stroheim, el mayordomo de *El crepúsculo de los dioses... se...*

... encendió un cigarrillo y dejó que dos columnas caligráficas de humo de dragón escribieran en el aire. ¿Sus iniciales quizás?

—¿Qué decías? —dijo.

—No. —Me quedé en el suelo—. Era usted el que hablaba. ¿Sumergir?

—Yo no he dicho eso —murmuró.

—Discúlpeme, lo ha dicho con mucha claridad... ¡Sumergir!

—Es imposible. —Exhaló dos nuevas columnas de humo de dragón—. Estás alucinando. ¿Por qué miras el techo?

—Porque... —empecé—, a menos que sufra de alucinaciones, enterrado tras esa válvula cerrada ¡hay un periscopio alemán de la marca Leica de unos tres metros de largo!

—Este tío es increíble, mira lo que dice —susurró Von Seyfertitz a su *alter ego*, que era como una tercera persona en la sala mientras analizaba. Cuando no estaba ocupado desahogándose conmigo, se hacía a un lado—. ¿Cuántos martinis te has tomado durante la comida?

—No me venga con esas, Von Seyfertitz. Conozco la diferencia entre un *sex symbol* y un periscopio. Hace un minuto, ese techo se ha tragado un largo tubo de latón, ¿vale?

Von Seyfertitz echó un vistazo al reloj de pulsera de medio kilo que le regalaron por Navidad, vio que todavía me quedaban treinta minutos, suspiró, tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con la bota limpia antes de taconear los talones.

¿Alguna vez has oído cómo suena la bola cuando la golpea un verdadero profesional como Jack Nicklaus? Bamm. ¡Una granada de mano!

Ese era el sonido que hacían las botas de mi amigo germánico mientras las hacía chocar a modo de saludo.

¡Craaac!

—¡Gustav Mannerheim Auschlitz von Seyfertitz, barón de Woldstein, a su servicio! —Bajó la voz—. *Unter-seaboat...*

Creía que iba a decir «Doktor», pero en su lugar, dijo:

—¡Capitán del *Unter-seaboat!*

Me levanté de golpe del suelo.

Se oyó otro crujido y...

El periscopio se deslizó despacio desde el techo, como el puro freudiano más bonito que jamás había visto.

—¡No! —espeté con la voz entrecortada.

—¿Alguna vez te he mentido?

—¡Muchas veces!

—Pero... —Se encogió de hombros—... eran mentirijillas blancas.

Avanzó hacia el periscopio, golpeó las dos manecillas, cerró un ojo y pegó el otro con rabia al visor mientras giraba el aparato en círculo por la sala, el sofá y por mí.

—¡Fuego en uno! —ordenó.

Casi oí el torpedo salir del conducto.

—¡Fuego en dos! —dijo.

Y una segunda bomba, silenciosa e invisible, se abrió paso hacia el infinito.

Tras golpear el centro del barco, me hundí en el diván.

—¡Usted, usted! —dije sin pensar—. ¡Eso! —Señalé el aparato de latón—. ¡Esto! —Toqué el diván—. ¿Por qué?

—Siéntate —añadió Von Seyfertitz.

—Ya lo estoy.

—Túmbate.

—Preferiría no hacerlo —respondí nervioso.

Von Seyfertitz giró el periscopio de forma que el visor superior, inclinado hacia un ángulo concreto, me miró. Con esa vidriosa frialdad, se parecía de forma asombrosa a su feroz mirada de halcón.

Su voz resonó por detrás del periscopio.

—Así que quieres saber, eh, cómo Gustav von Seyfertitz, barón de Woldstein, sufrió al dejar las frías profundidades del océano, partió de su estimado barco en el mar del Norte y abandonó su patria, destruida y derrotada, para convertirse en doctor de *Unterderseaboat*...

—Ahora que lo menciona...

—¡Jamás menciono! Yo proclamo. Y mis proclamaciones son órdenes de batallas navales.

—Me he percatado de que...

—Cállate. Recuéstate.

—Ahora no... —dije nervioso.

Volvió a golpear los talones mientras se llevaba la mano derecha despacio hacia el bolsillo superior del abrigo para sacar un cuarto ojo con el que analizarme: un monóculo brillante y fino que se colocó sobre un ojo como si pelara un huevo duro. Me estremecí. Ahora el monóculo formaba parte de su mirada y me observaba con un fuego helado.

—¿A qué se debe el monóculo? —dije.

—¡Idiota! Es para cubrirme el ojo bueno. De ese modo, no veré con ninguno de los dos ojos y dejaré que mi intuición obre con libertad.

—Oh —respondí.

Y comenzó su monólogo. Mientras hablaba, comprendí que debía de haber contenido y limitado esta necesidad, por lo que parloteó sin parar y se olvidó de mí.

Y fue durante este monólogo cuando algo extraño sucedió. Me levanté despacio mientras *Herr Doktor* Von Seyfertitz caminaba en círculos y el cigarrillo, largo y fino, dibujaba nubes de humo en el aire, que él interpretaba como si fueran un test de Rorschach.

Con cada pisada, de su boca manaban una palabra seguida de otra, como si se tratara de una gramática lenta. A veces, se detenía y permanecía tranquilo, con una pierna en el aire y una palabra en la garganta, lista para seguir hacia la lengua antes de examinarla. Entonces, el pie descendía, el sustantivo brotaba de sus labios y, poco después, el verbo y el objeto directo.

Hasta que, al final, mientras daba vueltas, me vi sentado en una silla, atónito, pues el propio *Herr Doktor* Von Seyfertitz se estiró en el diván y entrelazó esos dedos larguiruchos sobre el pecho.

—No ha sido tarea sencilla salir adelante en tierra firme —dijo entre dientes—. Algunos días era una medusa, congelada. Otros, un pulpo desparramado por la costa, que aún contaba con los tentáculos, o el cangrejo de mar que volvía a introducirse en mi cráneo. Pero, año tras año, he ido desarrollando una columna vertebral y ahora camino entre los hombres y sobrevivo.

Se detuvo para respirar hondo de forma temblorosa y continuó:

—Por etapas, me mudé desde las profundidades a una casa flotante, después a un bungaló en un embarcadero, de ahí a una tienda en la costa y más tarde a un canal en una ciudad antes de acabar en Nueva York, una isla rodeada de agua, ¿eh? Sin embargo, me preguntaba dónde hallaría un comandante de submarino un hogar, un trabajo, un amor apasionado y un trabajo en todo esto.

»Una tarde, mientras estaba en un edificio con el ascensor más largo del mundo, me vino a la mente como una granada de mano en el ganglio. Mientras bajaba más y más, con otras personas apretujadas a mi alrededor, los números descendían y los pisos pasaban zumbando por la ventana, como un parpadeo. Un parpadeo, el consciente, el subconsciente, el ello, el yo, la vida, la muerte, la lujuria, el asesinato, la lujuria, la oscuridad, la luz, desplomarse, caer, noventa, ochenta, cincuenta, bajas profundidades, gran regocijo, el ello, el yo, el ello, hasta que un grito manó de mi garganta en forma de un aullido maniaco: «¡Sumergir! ¡Sumergir!».

—Lo recuerdo —dije.

—«¡Sumergir!». Grité tan fuerte que los pasajeros que me acompañaban se lo hicieron encima del susto. Salí del ascensor, entre los rostros estupefactos, para encontrarme con una capa de unos dos milímetros de pis en el suelo. «Que tengan un buen día», dije, exultante por mi descubrimiento. Entonces, me apresuré a trabajar por mi cuenta, monté un negocio y después el periscopio, que había traído hacía años, del submarino mutilado, desmontado y desvalijado. Fui demasiado estúpido para ver en él mi futuro psicológico y mi evidente caída, mi hermoso artefacto, los genitales de latón de la investigación psicótica, el periscopio MK IX Von Seyfertitz.

—Menuda historia —comenté.

—Y que lo digas —soltó el alienista con los ojos cerrados—. Y más de la mitad es cierta. ¿Has estado escuchando? ¿Qué has aprendido?

—Que más capitanes de submarino deberían hacerse psiquiatras.

—¿Y bien? Muchas veces me he preguntado si Nemo realmente murió cuando su submarino fue

destruido. ¿O huyó para convertirse en mi bisabuelo y sus bacterias psicológicas trascendieron hasta que yo llegué al mundo, pensando en dirigir los mecanismos fantasma que embrujan las profundidades, para acabar en este vodevil de cincuenta minutos en esta ciudad, triste y de locura?

Me levanté y toqué el maravilloso monumento de latón que colgaba como una estalactita científica en el centro del techo.

—¿Puedo echar un vistazo?

—Yo en tu lugar, no lo haría. —Me oyó a medias, pues yacía en medio de su depresión como si fuera una nube oscura.

—Solo es un periscopio...

—Pero un buen puro es un puro.

Recordé una cita de Sigmund Freud sobre los puros, me reí y volví a tocar el periscopio.

—¡No! —dijo.

—Bueno, en realidad, no lo utiliza para nada, ¿verdad? Solo es un recuerdo de su pasado, de su último submarino, ¿no?

—¿Eso es lo que piensas? —Suspiró—. ¡Mira!

Vacilé antes de pegar un ojo al visor, cerré el otro y exclamé:

—¡Dios mío!

—¡Te lo advertí! —añadió Von Seyfertitz.

Pues estaban ahí.

Había suficientes pesadillas para empapelar mil pantallas de cine. Bastantes fantasmas para embrujar diez mil muros de castillos. Suficientes miedos para derribar cuarenta ciudades hasta los cimientos.

«Madre mía —pensé—, podría vender los derechos de la película por todo el mundo».

El primer caleidoscopio psicológico de la historia.

Y en ese momento, otro pensamiento me abordó: ¿cuánto de eso hay en mí? ¿O en Von Seyfertitz? ¿O en ambos? ¿Son estas extrañas formas mis vagabundas pesadillas, expulsadas hace semanas? Cuando hablaba, con los ojos cerrados, ¿mi boca expulsaba fuentes invisibles de pequeñas bestias que, atrapadas en las cámaras del periscopio, crecían hasta alcanzar dimensiones extragrandes? Como las imágenes microscópicas de esos gérmenes que se ocultan en las cejas y los poros, aumentados un millón de veces hasta convertirse en elefantes de portadas de la *Scientific American*. ¿Estas son imágenes de otras almas perdidas, atrapadas en el diván y captadas por el aparato del submarino, o sobras de mis pestañas y mi mente?

—¡Vale millones! —grité—. ¿Sabe qué significa eso?

—Colecciones de arañas, monstruos de Gila, viajes a la Luna sin alas de mariposa, iguanas, sapos expulsados de la boca de las hermanastras malas, diamantes sacados de los oídos de hadas buenas, bailarines de sombras tullidos de Bali, marionetas de cuerda del ático de Gepeto, estatuas de niños que orinan vino blanco, trapecistas sexuales, sombras chinas obscenas, rostros de payasos malvados, gárgolas que hablan cuando llueve y susurran cuando se levanta el viento, papeleras de sótano llenas de miel envenenada, libélulas que cosen todos los orificios de adolescentes de catorce años para mantenerlos limpios hasta que se arrancan las suturas a los dieciocho. Torres con brujas locas, atillos con momias a modo de maderos...

Perdió el ímpetu.

—Entiendes la idea general.

—Es una locura —añadí—. Está aburrido. Podría conseguirle un trato de cinco millones de dólares con

Amalgamated Fruitcakes Inc. Y los Sueños de Sigmund F. se dividen en tres.

—No lo entiendes —añadió Von Seyfertitz—. Me mantengo ocupado, muy ocupado, para no pensar en toda la gente a la que torpedeé, hundí y ahogué en medio del Atlántico en 1944. No estoy metido en el negocio de películas Amalgamated Fruitcakes. Solo deseo mantenerme ocupado cortando uñas, limpiado cerumen y eliminando manchas de tinta de tipos raros como tú. Si paro, me dispersaré. Ese periscopio contiene cada una de las cosas que he visto y conocido en los últimos cuarenta años de observar pecanas, anacardos y almendras. Al mirarlas, me deshago de mi terrible vida en medio de las mareas. Si trata de llevarse mi propio periscopio en una especie de partida de *strip poker* de pacotilla de Hollywood, me hundiré tres veces en mi cama de agua, y jamás se me volverá a ver. ¿Te he mostrado mi cama de agua? Es tres veces más grande que cualquier piscina. Hago unos ochenta largos cada noche mientras duermo. A veces, cuarenta, cuando me echo la siesta a mediodía. Para responder a tu oferta millonaria, no.

Y, de pronto, se estremeció. Juntó las manos y se las llevó al corazón.

—¡Dios mío! —gritó.

Se había dado cuenta demasiado tarde de que me había permitido acceder a su mente y a su vida. Ahora estaba de pie, entre el periscopio y yo, mientras alternaba la mirada entre el aparato y yo, como si ambos fuéramos terroríficos.

—¡No has visto nada! ¡Nada de nada!

—¡Sí que lo he hecho!

—¡Mientes! ¿Cómo puedes ser tan mentiroso? ¿Sabes lo que ocurriría si esto saliera a la luz, si fueras por ahí haciendo acusaciones...? Dios mío —despotricó—,

si el mundo lo descubriera, si alguien dijera... —Las palabras se le atascaron en la boca como si saboreara la verdad de lo que estaba diciendo, como si me viera por primera vez y yo fuera una pistola que fuera a dispararse en su rostro—. Sería... el hazmerreír de la ciudad... Eh, espera un minuto. ¡Tú!

Era como si se hubiera puesto una máscara de demonio en el rostro. Se le ensancharon los ojos y se quedó boquiabierto.

Analiqué su rostro y vi el infierno. Caminé despacio hacia la puerta.

—No se lo contarás a nadie, ¿verdad? —dijo.

—No.

—¿Cómo es posible que, de repente, lo sepas todo sobre mí?

—¡Usted me lo ha contado!

—Sí —admitió, sorprendido, y miró alrededor en busca de un arma—. Espera.

—Si no le importa —dije—, preferiría no hacerlo.

Y salí por la puerta y atravesé el pasillo, con las rodillas casi a la altura de la mandíbula.

—¡Vuelve! —gritó Von Seyfertitz detrás de mí—. ¡Debo matarte!

—¡Lo temía!

Llegué al ascensor primero y, de forma milagrosa, las puertas se abrieron en cuanto golpeé el botón de bajar. Entré de un salto.

—¡Despídete! —exclamó Von Seyfertitz, que alzó el puño como si sostuviera una bomba.

—¡Adiós! —contesté. La puerta se cerró de golpe.

No volví a ver a Von Seyfertitz hasta el año siguiente.

Entretanto, cenaba fuera a menudo y, sin demasiados remordimientos, les contaba a amigos y a extraños en la calle lo de mi encuentro con un comandante de

submarino que se había convertido en frenólogo (el que te examina el cráneo para contar los golpes).

Así que solo tuve que dar una buena sacudida al árbol de los frutos maduros, para que estos cayeran. Durante la noche, llenaban el regazo del barón para que su cuenta bancaria rebosara. Su Grand Slam se recordaría a lo largo del siglo. Aparecería en *The Phil Donahue Show*, en *El Show de Oprah* y en *Geraldo* en una única tarde ciclónica, repleta de intercambios de hipótesis positivas, negativas y de nuevo positivas a cada hora. Se venderían láseres Von Seyfertitz y réplicas del periscopio en el MoMA y en el Smithsonian. Con el gran incentivo de medio millón de dólares, se alimentó a la fuerza y vendió un libro malo con facilidad. Las copias de microorganismos, criaturas y bichos curiosos atrapados en su visor de latón aparecían en libros de colorear troquelados, en calcomanías y en almohadillas de tinta y sellos de goma de pesadilla del Beasts-R-Us.

Había esperado que todo esto le hiciera olvidar y perdonar. Pero no.

Un mediodía de un año y un mes más tarde, el timbre de mi puerta sonó y ahí estaba Gustav von Seyfertitz, barón de Woldstein, con lágrimas en el rostro.

—¿Cómo es posible que no te matara aquel día?
—se lamentó.

—No me atrapó —contesté.

—Oh, *ja*. Eso fue.

Miré el rostro húmedo y surcado por las lágrimas del hombre.

—¿Quién ha muerto?

—Yo. ¿O no? Ah, a la porra: yo. Tienes ante ti...
—se lamentó—... a una criatura que ha sufrido el síndrome de Rumpelstiltskin.

—Rumpel...

—¡...stiltskin! Dos mitades desgarradas de la barbi-
lla a la entepierna. ¡Arráncame el flequillo, vamos!
Mira cómo me deshago. Caigo como si desabrocharas
una cremallera de psicosis. Dos doctores admirantes
por el precio de uno. ¿Y cuál es el doctor que sana y
cuál el autor superventas? Se necesitan dos espejos
para saberlo. ¡Por no mencionar el humo!

Se detuvo y miró alrededor mientras se sostenía la
cabeza entre las manos.

—¿Ves la grieta? ¿Me deshago de nuevo para con-
vertirme en este marinero loco que desea riqueza y
fama, y al que tamizan las manos de mujeres enloque-
cidas con libidos rotas? ¡Yo las llamo farsantes dolien-
tes! ¡Pero toma su dinero, escúpeles y gástalo! Menudo
año habrás pasado. No te rías.

—No me río.

—Entonces, anímate mientras termino. ¿Puedo
tumbarme? ¿Eso es un sofá? Es demasiado corto. ¿Qué
hago con las piernas?

—Siéntese de lado.

Von Seyfertitz yació con las piernas de lado.

—Eh, no está mal. Siéntate detrás de mí. No mires
por encima del hombro. Aparta la mirada. No sonrías
ni pongas muecas mientras saco el pegamento de la
locura y uno Rumpel a Stiltskin, el título de mi próxi-
mo libro. Dios me ayude. Te maldigo a acabar en el
infierno, ¡a ti y a tu puñetero periscopio!

—Mío no. Suyo. Usted quiso que lo descubriera
aquel día. Supongo que había estado susurrando «su-
mergir, sumergir» medio dormido a sus pacientes du-
rante años. Pero no se pudo resistir a soltar el mayor
grito de la historia: «¡Sumergir!». Ese fue su capitán
hablando, deseoso de fama y fortuna, para celebrar
una exhibición ecuestre.

—Dios —murmuró Von Seyfertitz—. Cómo odio que seas sincero. Ya me siento mejor. ¿Cuánto te debo? Se irguió.

—Ahora iremos a acabar con los monstruos en lugar de contigo.

—¿Monstruos?

—En mi despacho. Si somos capaces de abrirnos paso a través de los lunáticos.

—¿Ahora también hay lunáticos fuera?

—¿Alguna vez te he mentido?

—A menudo. Pero —añadí— mentirijillas blancas.

—Venga —dijo.

Salimos del ascensor para toparnos con una larga fila de devotos y suplicantes. Debería de haber unas setenta personas en una cola que iba desde el ascensor hasta la puerta del barón, que esperaban con ejemplares de libros de Madame Blavatsky, Krishnamurti y Shirley MacLaine bajo el brazo. De pronto, cuando vieron al barón, se oyó un rugido como si alguien hubiera abierto la puerta de una caldera. Nos apresuramos a entrar a la oficina antes de que alguien pudiera seguirnos.

—¡Mira lo que me has hecho! —señaló Von Seyfertitz.

Las paredes estaban cubiertas de un caro revestimiento de madera de teca. El escritorio era de la época de Napoleón, una pieza exquisita del Imperio valorada en, al menos, cincuenta mil dólares. El diván era del cuero más delicado que jamás había visto, y los dos cuadros de la pared eran originales: un Renoir y un Monet. «Madre mía, ¡valen millones!», pensé.

—Vale —dije—. Ha mencionado a las bestias. Las matará usted, no yo.

El hombre se frotó los ojos con una mano antes de cerrarla en un puño.

—¡Sí! —exclamó, y dio un paso hacia el delicado periscopio, en cuya superficie alargada se reflejaba su rostro, completamente deformado—. Así. ¡Así y así!

Y antes de que pudiera impedirlo, le dio un tremendo golpe con la mano al aparato de latón y luego un puñetazo y otro y otro más mientras maldecía. Entonces, agarró el periscopio como si fuera el cuello de un niño mimado y lo estranguló y sacudió.

No puedo narrar lo que oí en ese momento. Tal vez fueron sonidos reales o, quizá, temblores imaginarios, como un glaciario que se agrieta en primavera o unos carámbanos que caen en medio de la noche. A lo mejor era el sonido de una gran cometa, cuya estructura se había roto a causa del viento y había caído con la tela hecha girones. Quizá creí haber escuchado una gran inspiración, como una nube que se disolvía dentro de sí misma. ¿O sentí cómo los engranajes de un reloj se movían a tanta velocidad que echaron humo y cayeron como copos de latón?

Pegué el ojo al periscopio.

Miré hacia...

Nada.

Solo era un tubo de latón con unas lentes de cristal que enfocaba hacia un diván vacío.

No había nada.

Me aferré al visor y traté de moverlo hacia otro lugar lejano, a alguna bacteria imaginaria que podría atravesar un horizonte inconcebible.

Pero el diván solo era un diván, y la pared tras él me devolvía la mirada con esa gran cara vacía.

Von Seyfertitz se inclinó hacia delante y una lágrima se deslizó por su nariz y cayó sobre un puño destrozado.

—¿Están muertos? —susurró.

—Se han ido.

—Bien, merecían morir. Ahora podré volver a algún tipo de mundo normal y sereno.

Y con cada palabra, su voz se hundió en su garganta, su pecho y su alma hasta que se convirtió en un silencio, como los vaporosos embrujos del pericaleidoscopio.

Cerró los puños con fuerza a modo de plegaria, como quien suplica a Dios que lo libre de las plagas. Y no supe decir si estaba rezando por mi muerte de nuevo, con los ojos cerrados, o si solo deseaba que yo desapareciera junto con las imágenes del aparato de latón.

Lo único que sabía era que mi cotilleo había provocado algo terrible e irrevocable. Yo y mi gran entusiasmo por hallar un futuro psicológico y la fama para un increíble capitán procedente de las profundidades de Nemo.

—Ido —murmuró Gustav von Seyfertitz, barón de Woldstein, y susurró por última vez—: Ido.

Eso fue prácticamente todo.

Un mes más tarde lo visité. A regañadientes, el casero me dejó echar un vistazo a las instalaciones, sobre todo porque le di a entender que tal vez lo alquilaba.

Permanecimos de pie en medio de una sala vacía donde veía las marcas de donde una vez había estado el diván.

Alcé la mirada hacia el techo. Estaba vacío.

—¿Qué ocurre? —preguntó el casero—. ¿No lo han reparado para que no se vea? Maldito sea el barón que hizo un puñetero agujero en la oficina de arriba.

También la alquiló, pero, por lo que sé, jamás la utilizó. Solo había un inmenso agujero que dejó cuando se marchó.

Suspiré con alivio.

—¿No queda nada arriba?

—Nada.

Miré hacia el techo immaculado.

—Buena reparación —dije.

—Gracias al cielo —respondió el casero.

A veces me pregunto qué le ocurrió a Gustav von Seyfertitz. ¿Se habría mudado a Viena para vivir allí, tal vez, cerca o en la misma dirección que Sigmund? ¿Viviría en Río, donde estaría ayudando a compañeros capitanes de submarinos con dificultades para dormir por el mareo mientras daban vueltas en camas de agua bajo la Cruz de los Andes? ¿O estaría en South Pasadena a poca distancia de las granjas de fruta orgánica disfrazadas de estudios de cine?

Jamás lo sabré.

Lo único que sé es que algunas noches en las que duermo plácidamente, en una o dos ocasiones, oigo su horrible grito, ese lamento: «¡Sumergir! ¡Sumergir! ¡Sumergir!».

Y me despierto para encontrarme oculto bajo las sábanas y empapado en sudor.